



PLACERES DEL CAMPO — Cuadro de J. J. GÁRATE.

—Cualquiera, siempre que sea el mayor posible. En fin, yo, ahora mismo aquí te hago una apuesta que no te dejará la menor duda de la fe ciega que tengo en mis afirmaciones.

—Aceptada desde luego, porque yo también...

—Perfectamente... así me gustan á mí los hombres. Pues se trata de lo siguiente: mañana mismo convertirás en monedas de cinco duros todos esos billetes del Banco que tienes en caja y, una vez hecha tan sencilla operación, las llevarás en un cesto á la plaza para pregonarlas á dos pesetas.

—¿Sería una locura!...

—No lo creas, ó ya empiezas á darme la razón. Desde luego te aseguro que no hay nadie que te las compre. ¡Oh! el público... el público... le conozco bien. Nunca podrá figurarse que un individuo lleva su desinterés al extremo de hacer con *amore* una cosa, aunque no obtenga de ello ganancia alguna. Siempre cree adivinar una segunda intención en todo: en todo un doble fondo. Además, pregona que el gabán que llevas te ha costado mil francos, y todo el mundo le hallará excelente; di que lo adquiriste aprovechando un baratillo, y le hallarán ridículo y mal cortado. Es la condición humana. Tus monedas de oro podrán, íntegras, convertirse en papel nuevamente, si así lo deseas... No habrá quien las acepte, porque nadie podrá suponer, con ese aspecto de salud y viveza que te distingue, que estás tonto de remate. En fin, los hechos dirán...

—Pero ¿y si te equivocas y el público acude como las moscas á la miel?

—Pierdo la apuesta; te guardas la mercancía en los bolsillos y cierras la tienda.

Efectivamente: hechos los preparativos necesarios, nuestro buen Juan, disfrazado con propiedad extraordinaria de vendedor ambulante, se situó al siguiente día en medio de la Puerta del Sol, con un canastillo de monedas de cinco duros delante y en el suelo y pregonando á voz en grito, como si toda la vida no hubiera hecho otra cosa:

—Eh, señores! ¡Aquí! ¡al gran negociol!... ¡Monedas de cinco duros á dos pesetas!... Las últimas que quedan en España... ¡Al derroche sin igual!... ¡Por dos pesetas, veinticinco, y en oro, que tiene premio!... ¡Hoy es el último día! ¡Aprovechar la ocasión, que se van á concluir!...

En torno del extraño vendedor se formó pronto un buen corrillo de curiosos, y cada cual comentaba la mercancía de un modo distinto.

—Parecen de verdad, — decía uno.

—Sí; pero no vale la pena de gastarse dos pesetas en una baratija así, — replicaba otro.

—Hoy ha adelantado mucho la industria.

—Efectivamente; pero estas falsificaciones deberían prohibirlas, porque pueden servir para dar muchos timos.

—Ayer me dieron en el tranvía una peseta falsa... Indudablemente debería proceder de este tío.

—Habrá que dar parte á la policía...

—Y dar parte al Gobernador...

—Es que hasta el sonido es idéntico...

Y quien esto decía, hacía sonar repetidas veces en el suelo una moneda, sirviendo esta prueba solamente para que otro espectador contestara con aire de suficiencia:

—Pocas monedas de oro habrá usted tenido en las manos, cuando dice que esas suenan bien.

—Hombre, relativamente...

—A plomo, señor mío, á plomo.

—Lo que ocurre es que ahora con la electricidad, se hacen cosas prodigiosas.

Juan oía tan extraños pareceres con la boca abierta, no pudiendo comprender que la imbecilidad humana revistiese tan distintos caracteres y llegase al extremo que observaba, olvidándose á ratos de su papel de vendedor y mirando con lástima aquella cáfila de majaderos que, sólo por vanidad, por seguir la rutina del descrédito que inició el primero, despreciaban los beneficios que tenían ante su vista y al alcance de su mano.

Pedro tenía razón: al público no se le puede ofrecer demasiado á cambio de poco; se llama á engaño.

Pero Juan quería rematar la suerte y volvía de nuevo á su cantinela:

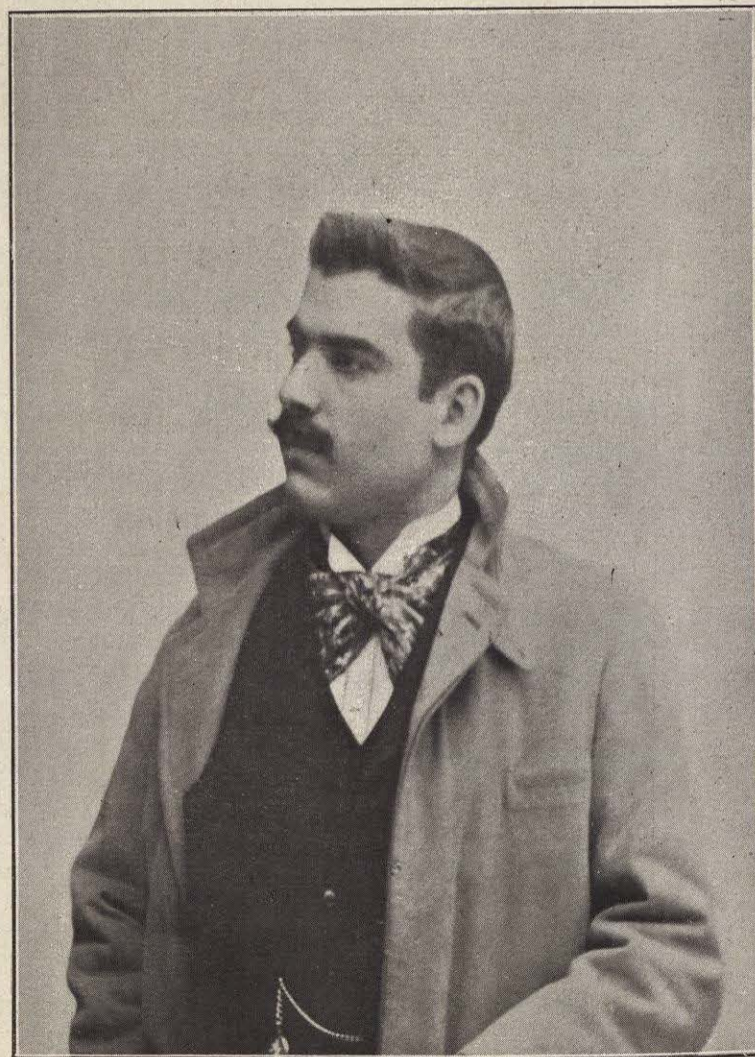
—Adelante, señores, adelante... la puerta del almacén está abierta... ¡Al negocio nunca visto!... ¡Por dos pesetas, cinco duros!... ¡Pueden mirar bien!... ¡Son verdaderas! ¡Sin trampa ni cartón! ¡Cada una de ellas vale cien reales y se da por dos pesetas! ¡Aquí no se engaña á nadie! ¡Aprovechar la ocasión!... ¡Mañana será tarde!... ¿No hay quien quiera hacerse rico por poco dinero?... ¡Monedas de cinco duros, á ocho reales!... ¡La saliva que estoy gastando vale más!

Juan, decididamente, perdía la apuesta... Todo el mundo le consideraba sabio, inteligente, perspicaz... Nadie era tan tonto que se dejaba embaucar por un charlatán.

Cuando estaba en estos razonamientos, de entre los curiosos que formaban el grupo, salió uno que, agachándose al suelo y sin hacer la menor prueba con la moneda que adquiría, se la guardó en el bolsillo del raído chaleco, dando en cambio de ella una reluciente moneda de dos pesetas, que Juan, á su vez, la depositó en el bolso que el llamaba, irónicamente, de «las ganancias.»

¿Quién sería aquel ciudadano? Su aspecto tenía bien poco de respetable y lo mismo podría ser un estudiantillo tronado que un literato ó artista bohemio ó un tahir de la más baja estofa.

Juan, no obstante, le miró con asombro, considerándole como un sér superior, por lo menos á toda aquella cáfila que le rodeaba, embobada y maliciosa. Y hasta le resultó simpático: al fin y la postre se destacaba de la vulgaridad general y tenía mundo bastante para sufrir que le dijeran los demás, en tono de chanza:



ALFREDO SEGURA.

Autor de la pieza de música que acompaña al presente número.

—¡Buena pieza, amigo! ¡Tenga cuidado no se la roben!

—Acaba usted de hacer un negocio redondo... ¡Lástima de dos pesetas!

—¡Claro!... Con tontos como usted, prosperarán estos golfos.

—Más valía que se las hubiera dado á un pobre...

—¡Siquiera las agradecería!...

Juan pudo creer por un momento que ante la conducta de aquel desconocido, la opinión se reharía, comenzando á vender sus monedas. Pero nada. Cada vez que alguien mostraba inclinación por la deslumbradora mercancía, los murmullos, las risitas y las bromas de los del corro le hacían desistir de sus propósitos, confirmando una vez más que hay seres perjudiciales y que, como el perro del hortelano, ni comen, ni dejan comer.

La apuesta con Pedro la tenía completamente perdida, y en medio de una rechifla general determinó levantar el tabanque, abandonando el arroyo por las confortables habitaciones de su casa y rendirse á la eviden-

cia: las cosas de este bajo mundo no tienen más valor que el que se las quiere dar. Todo es relativo: valor, belleza, lozanía... ¡hasta el oro!

Al día siguiente de lo narrado, Juan y Pedro, envueltos en la humedad de dos magníficos habanos, discurrían sobre los incidentes y el éxito de la apuesta.

Pedro, ante su triunfo, renunció á hacer efectiva aquella, diciendo á su amigo:

—Te habrás convencido por tus propios ojos. Medio Madrid ha desfilado por delante de una fortuna, dándola con el pie: nadie quiere lo que cree que nada vale. Sólo has tropezado, entre tanta gente, con una persona que no se ha amoldado á la rutina. Debía ser un hombre de talento.

Y Juan, mucho más incrédulo que Pedro, le replicó:

—¡Ay, no!... ¡Un pillol!... Las dos pesetas que me dió ¡son falsas!

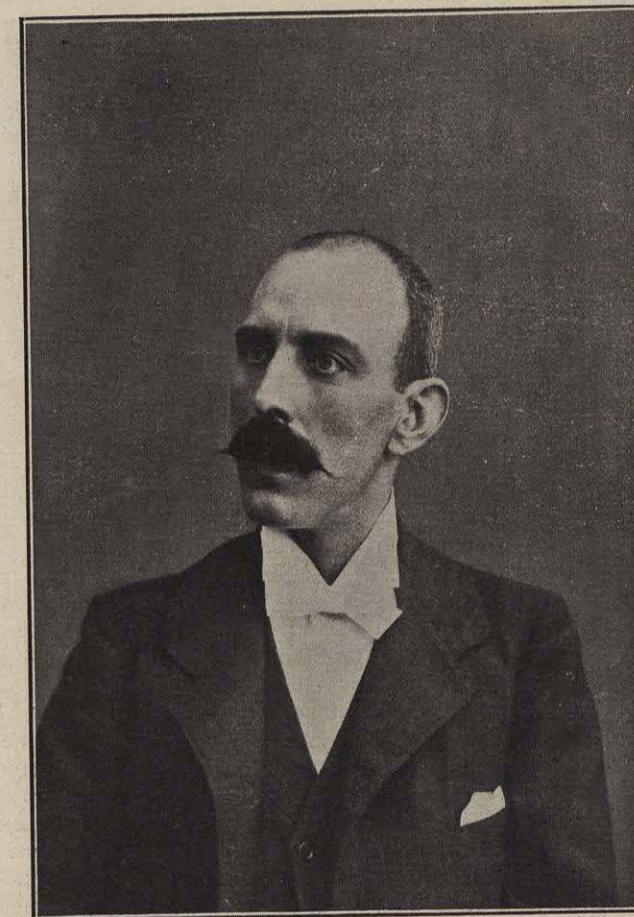
C. OSSORIO Y GALLARDO

## JUEGOS FLORALES EN ALCAÑIZ

EL día 14 del próximo pasado Septiembre se celebró en Alcañiz la culta y poética fiesta de los Juegos Florales. El teatro donde se verificó aquella solemnidad literaria, estaba brillantísimo y lleno de bote en bote. En el escenario, donde ocupaban sus asientos el Ayuntamiento, las autoridades, el Jurado y el Mantenedor, se destacaba en el fondo del trono del amor y de la poesía, bajo riquísimo dosel de terciopelo granate. En la sala, artísticamente adornada con guirnaldas, banderas y flores, lucían su hermosura y gentileza las más distinguidas señoras y señoritas alcañizanas, que constituían el mayor encanto y el mejor ornamento de la fiesta, presidida por el primer teniente alcalde don Manuel Foz y amenizada por la excelente banda de música del regimiento de Aragón.

A las 9 en punto de la noche comenzó el acto, leyendo el señor secretario del Jurado calificador el dictamen del mismo, en virtud del cual se concede el premio de honor y cortesía á la composición señalada con el lema «Amor», que lleva por título *El mejor trono*. Abierta la plica que contenía el nombre del autor premiado, resultó ser éste don Agustín Safón Durán, natural de Vinaroz, que eligió Reina de la Fiesta á la bellísima y elegante señorita María de la Concepción Foz, hija del primer teniente alcalde. La Reina, que vestía elegantísimo traje prendido de flores, se dirigió al trono del brazo del poeta laureado, precedidos de pajes y heraldos y seguidos del Jurado, á los acordes de la Marcha real y entre los entusiastas aplausos del selecto y numeroso público.

Inmediatamente se dió lectura por su autor á la poesía premiada con la Flor natural, que fué objeto de una ovación calurosísima, leyéndose á



AGUSTÍN SAFÓN DURÁN.

Fot. de Germán Colón (Castellón).

honor á la esplendidez del generoso donante, y á esa esplendidez se debe el que en Alcañiz haya obtenido el poeta premiado, además del premio de honor, un verdadero y valioso objeto de arte.

\*\*\*

### EL MEJOR TRONO

POESÍA PREMIADA CON LA FLOR NATURAL EN LOS JUEGOS FLORALES DE ALCAÑIZ (ARAGÓN).

Es verdad; tu divina hermosura,  
De belleza arquetipo perfecto,  
Lo gentil de tu talle flexible,  
El fulgor de tus ojos de cielo,  
Tu sonrisa, que envidia el querube,  
Tu ardorosa mirada de fuego,  
La virtud con que brilla tu alma  
Y las gracias que adornan tu cuerpo,  
Es verdad que merecen un trono  
¡Grandioso y eterno!

¿Pero acaso ambicionas, bien mío,  
Por ventura tu ardiente deseo,  
Quiere aquél dó se sientan los reyes  
A regir los destinos de un pueblo?  
No lo quieras: cual roble que troncha  
El furor de aquilones violentos,  
Al embate de rudas pasiones  
Y al fragor de rencores siniestros,  
Al romperse ese trono en pedazos  
Derrúmbase al suelo.

¿Te seduce tal vez que te admiren  
En aquél que refulge un momento,  
Dó se sienta la reina elegida  
Por el vate premiado en sus versos?  
Es verdad que ese trono anhelado  
De hermosura y de gracias es premio;  
Pero dura tan poco su brillo,  
Tan fugaz es su gloria en el tiempo,  
Que parece ilusión solamente  
Que finge el deseo.

Quizá á ti te deslumbren y agraden;  
Pero yo, que te adoro y venero  
Como adora y venera de hinojos  
El creyente á su Dios en el templo,  
Yo te guardo otro solio más digno  
Del fulgor de tus ojos de cielo,  
De tu talle gentil y flexible,  
De tu rostro acabado y perfecto,  
Y de todas las gracias divinas  
Que adornan tu cuerpo.

Y ese solio inmutable, bien mío,  
Más hermoso mil veces que aquéllos,  
Para ti lo ha erigido en el alma  
El amor infinito que siento.  
Si te halaga ser reina dichosa  
Y ejercer por los siglos tu imperio,  
Ven y ocupa el solio perdurable  
De este trono inmortal que te ofrezco,  
Porque supo mi amor levantarlo  
Brillante y eterno.

¿No lo crees? ¿Lo dudas? Pues oye:  
Cuando baje á la tierra mi cuerpo;  
Cuando el alma, de ti enamorada,  
A la altura remonte su vuelo,  
Y la arrobe la dulce armonía  
Que difunden los coros angélicos,  
¡Aún allí y en el trono del alma  
Seguirás como reina en tu puesto,  
Ante el solio increado y divino  
Del Dios de los mundos  
Que brilla en el Cielo.

AGUSTÍN SAFÓN DURÁN



## UN BESO

ERA Carlos novelista, pero lo que se dice un gran novelista; pasábase el tiempo emborrando cuartillas, rompiendo las que escribió ayer para soñar hoy y escribir mañana otras que eran igualmente rasgadas y substituídas por nuevos pensamientos, por nuevas tintas que, más marcadas, resaltaban de una manera original en el exaltado fondo realista de aquella imaginación deseosa de fama é inmortalidad.

Concentrando la vida en un solo latido, el artista quería dar al público el ideal de sus aspiraciones, fiel pintura de su eterna pesadilla; la exposición de la lucha continua de las miserables pasiones de esa sociedad que, como él decía, tenía que darle el práctico resultado de la verdadera realidad, del materialismo más puro; tenía que ser vida, luz y color del gran problema; la última palabra de la filosofía moderna; en fin, la gran partitura de su impropio trabajo.

Carlos, dominado por aquella idea que, nacida al calor de su imaginación exaltada, le arrastraba al fatalismo, cual autómeta, funcionando su cerebro bajo el oprimido influjo de una misma acción, degradaba su cuerpo buscando en la hediondez del vicio el punto de partida, la base de su Evangelio, el desarrollo de su Catecismo social, los rayos de luz que á torrentes tenían que iluminar sus grandes pensamientos para salir airoso de su gigante empresa.

Y el tiempo transcurría y el joven lífeto formaba su escéptico carácter al grado incansante de aquella voz que en lo más recóndito del alma le gritaba: — ¡Estudia, escribe, sé materialista, enseña á la humanidad el realismo, mostrando á la sociedad sus propias bestialidades y llegarás á la meta de tus ambiciones; á colocarte en el lugar que ansias. Adelante! — Y el artista, como nuevo judío errante, marchaba, marchaba por aquel eterno sendero de lo desconocido, buscando un dato, una nota para enriquecer su obra.

Macilenta y febril su figura, decaída por el cansancio, hartó gastada por el vicio, pronto abatióse, teniendo que abandonar sus rudas tareas y hundirse en la cama para reponer su naturaleza quebrantada.

Larga fué la enfermedad, enfermedad calenturienta, de pesadillas y agitado sueño, de constante delirio; enfermedad terrible en la que la vida luchó desesperadamente con la muerte.

Pálida, amorosa, intranquila, conteniendo el suspiro que pugna por salir de su pecho que moviase agitado, ella paseaba con él que, convaliente, demacrado, débil, interesante, apoyábase en su brazo, hablándola, y dejando tras de sí los ecos de una conversación dulce, tan dulce como el amoroso coloquio que entablan las brisas al besar los pétalos de las flores...

— ¡Realismo, realismo! — todavía gritaba aquella honda voz; y el joven novelista aquella tarde lo buscaba, y estaba próximo á encontrarlo dentro de un molde jamás soñado por él, allí donde nunca detuvo su impetuosa marcha; porque en su constante quimera no había ni tan siquiera adivinado al amor, á este amor substituído por el amor de sus propios ensueños...

Carlos, sin saberlo, sin quererlo, buscaba con sus apasionados ojos los de su hermosa compañera que, cambiando el pálido matiz de sus mejillas por encendido carmín, nerviosa, brillando en su mirada algo de íntima felicidad, un tanto convulsa, apretaba la mano contra el pecho oprimiendo fuertemente el brazo del enfermo.

¿Qué es lo que murmuraba el artista, que ella entornó los párpados?...

Carlos, mezclando palabras de agradecimiento y eterna gratitud hacia su solícita enfermera, más loco que antes, le hablaba de su amor, de su obra en embrión, de sus ambiciosos deseos, de su porvenir brillante, de su arrepentimiento por no haberse, ingrato, fijado antes en ella, en ella que resumía todas sus esperanzas, deseos y ambiciones, y que desde aquella tarde de perfumada primavera, constituía la verdad, la realidad buscada tanto tiempo hacia y no encontrada; la definición de su descabellado problema... ¿Cómo fué?

Solos, en aquella frondosa alameda, acompañados por los murmurios de indescriptible cadencia que entonaban, columpiándose, las ramas por donde deslizábanse los indecisos rayos de un sol que finía, el joven novelista ciñó con un brazo el esbelto talle de la muchacha, y pasional, reventándosele el pecho de emoción, depositó un beso en los rojos labios de ella que, azorada y gozosa, feliz y agitada lo aspiró febrilmente, como preludio con que anunciábase una nueva vida de halagüeñas dichas y encantadoras esperanzas...

Un beso, tal fué el título de su obra, encarnación pura de la realidad, pintura fiel de aquel mundo de ideas encontradas, de aquella peregrinación en busca de la verdad, de aquellos locos ensueños nacidos al calor del escepticismo y de la filosofía moderna... todo derrumbado ante el reciente recuerdo de aquella tarde en que nubes de aroma perfumaban el ambiente é indecisos rayos de sol quebraban las hojas, dando al cuadro los colores y tintes de la acuarela.

JULIÁN ANDREU ALABEDRA

Composición y dibujo de J. Passos.



## COMBATE DE TRAFALGAR

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Por el Tratado de San Ildefonso, tan funesto para nuestro país, España debía entregar á Francia quince navíos de línea y veinticuatro mil hombres, viéndose arrastrada á las guerras que la ambición de Napoleón Bonaparte promovía por todas partes. Este fué el genio malo de la vieja Iberia, pues ya combatiéramos á su lado, ya peleásemos en su contra, el daño fué siempre para nuestra querida patria.

El 21 de Octubre del año 1805 tuvo lugar el famoso combate naval de Trafalgar, en que sucumbió la marina española por ineptitud del Vicealmirante francés Mr. Villeneuve.

El día 19 empezó á salir de Cádiz la escuadra aliada, compuesta de cuarenta velas, dispuesta á luchar con la inglesa, que en número de treinta y tres y al mando del experto marino Nelson, la aguardaba. La franco-española, si contaba mayor número de barcos, llevaba menor número de cañones, carecía de una tripulación tan instruída como la inglesa, y de una dirección única.

Mandaba la vanguardia de los aliados nuestro general Alava, la del centro Mr. Villeneuve, la retaguardia Mr. Dumarois y la reserva Gravina.

Sin que nadie pudiera explicarse la causa, Mr. Villeneuve alteró el orden de batalla concertado con Gravina, ordenando una virada en redondo que convirtió la vanguardia en retaguardia, é impidió á Gravina operar libremente con sus buques, acudiendo, como don Alvaro de Bazan en Lepanto, en auxilio ó apoyo de aquellos que lo necesitasen.

Dícese que Villeneuve, celoso de nuestros marinos y temeroso de Napo-

león, buscó en Trafalgar no un triunfo, y sí una hazaña ruidosa; sin pensar que Bonaparte, acostumbrado siempre á vencer, no le perdonaría una derrota.

El célebre Nelson, que á costa de su vida había de ganar el combate, atacó valientemente la vanguardia para cortar á la escuadra franco-española el paso á Cádiz, ordenando que cortase la retaguardia por el undécimo barco.

Empeñada la lucha en tan tristes condiciones, y dispuesto por Mr. Villeneuve que no se hiciese fuego hasta tener muy cerca las naves contrarias, no pudieron impedir los aliados el corte de la escuadra franco-española.

Entonces comenzaron los actos de valor que intentaremos reseñar. Del navío Santa Ana, quedaron fuera de combate el general Alava y el capitán Gardoqui, con un inmenso número de oficiales y marinos.

El Trinidad, con 60 pulgadas de agua, tronzados los mástiles, deshecha la arboladura, tenía la cubierta llena de cadáveres.

El San Agustín sufrió tres abordajes, y al tercero ya no contaba con fuerzas que oponer á las del enemigo.

El Neptuno, mandado por el bizarro Valdés, viendo que Mr. Dumarois, bajo cuyas órdenes le habían puesto, no pensaba en pelear rompió la disciplina y se lanzó al combate, cayendo herido de gravedad, y con él su segundo, y 98 de sus hombres muertos y 146 heridos.

El Príncipe de Asturias, atacado por cinco navíos ingleses, perdió á los valientes Gravina y Escaño; y el Bahama al indomable Galiano.

El inmortal Churrucá, que al ver el cambio del plan de batalla había ex-



clamado: «Mr. Villeneuve no conoce su obligación, y nos compromete...» vése cercado en su navío San Juan por seis barcos ingleses, y sin pensar que la arboladura cae en pedazos y que la cubierta es un cementerio, manda como un jefe y pelea como un soldado.

Una bala de cañón le arrebató la pierna derecha, y grita blandiendo la espada: Esto no es nada. Siga el fuego. Clavar la bandera... y cae ¡para no levantarse más! El San Juan tuvo en la acción 152 hombres muertos y 243 heridos. Su casco, llevado á Gibraltar, era considerado como una reliquia. Y los ingleses no permitían visitar la cámara en que murió D. Cosme Damián Churrucá sino á personas de la más alta distinción.

El navío Menorca quedó por completo destruido, y el Argonauta se sumergió al día siguiente del combate.

Nelson, herido en el brazo izquierdo por una bala que la atravesó el pecho perdió la vida, pero ganó la batalla.

Mr. Villeneuve perdió la batalla primero, el nombre de buen capitán después, y por último, la vida, que se quitó en Rennes á consecuencia del desagrado de Napoleón.

Además de los citados, perdimos en Trafalgar 4 hombres de la valía de Cisneros, Alcedo, Moyna y Castaños, y con ellos 1022 hombres muertos, 1383 heridos, tres navíos que hizo prisioneros el enemigo, tres que se fueron á pique durante la acción, y cuatro que se estrellaron en la costa, batidos por un furioso temporal que se desencadenó.

De la escuadra aliada tan sólo cuatro navíos salieron sin un balazo en su arboladura ni en su casco... ¡y los cuatro eran franceses!

Un sólo contralmirante faltó á sus deberes militares desapareciendo del combate ¡y fué el francés Mr. Dumarois!

No citaríamos estos hechos si la parcialidad de Mr. Thiers en su Historia del Consulado y del Imperio, pretendiendo dañar el honor de nuestros bizarros marinos, no nos obligase á ello; y conste que el relato que hacemos de este combate está tomado de un historiador italiano, de Mariani, en su obra Trafalgar. Vindicación de la Armada Española. Reconocemos sin violencia y proclamamos gustosos el valor de que en este aciago combate dieron pruebas el contralmirante francés Magón, y los capitanes Courrege, Beaudoin, Poulain y Camos, que con su heroica muerte salvaron y enaltecieron el honor de su bandera.

Aun derrotada, la batalla de Trafalgar es una de las páginas más gloriosas de nuestra marina de guerra. Allí ningún buque español pensó en huir, ni un sólo hombre, oficial ó soldado, trató de abandonar su puesto. ¡Todo por la patria! Esta fué su divisa. ¡Murieron, pero con honor!

El talento del insigne artista don Francisco Sans, pintó una de aquellas escenas de lucha y desolación en las que la muerte acechaba á los nobles hijos de España, ora por el cañón, ora por el naufragio. El cuadro con que honra sus páginas ALBUM SALÓN valió á su autor una medalla, y ser adquirido por el Gobierno con destino á el Museo Nacional de Pinturas.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS